

I AMÉRICA LATINA Y LA PRIMERA GUERRA MUNDIAL

LATIN AMERICA AND THE I WORLD WAR

THOMAS FISCHER
Katholische Universität Eichstätt-Ingolstadt
th.fischer@ku.de

América Latina no fue escenario de las feroces batallas de la Primera Guerra Mundial. Tan solo al final de la contienda, Brasil envió un contingente de tropas y misiones de médicos a París, cuando ya se había firmado el armisticio en noviembre de 1918. De los diez millones de muertos en combate, veinte millones de heridos y siete millones de desaparecidos muy pocos de ellos provenían de la región. De ahí que la historiografía sobre la participación de América Latina en la Primera Guerra Mundial siga siendo escasa. No obstante, la conflagración europea sí afectó bastante a la región. Por mucho tiempo se ha pensado que las repercusiones de la Gran Guerra en América Latina se delimitaron al comercio y el desarrollo económico. Gracias a la conmemoración de los cien años del inicio de la Primera Guerra Mundial y al giro hacía la globalización de los estudios sobre ella la historiografía ha recibido un nuevo impulso. Particularmente en Argentina, pero también en Perú, Francia, Alemania y Estados Unidos hay historiadores que trabajan en la revaloración de esta fase desde la perspectiva de América Latina y –en algunos casos– con enfoques culturalistas y de historia global. En lo que sigue vamos a revisar los libros más recientes.

Jane Rausch nos ha proporcionado un nuevo estudio sobre el caso particular de Colombia. La autora es “colombianista” y ha trabajado, entre otros temas, sobre la historia de los Llanos Orientales en distintas monografías. Sus profundos conocimientos del desarrollo político-administrativo, económico y social se reflejan también en su obra *Colombia and World War I* y hacen de esta –a pesar de una narrativa bastante tradicional– un texto imprescindible para todos aquellos que se dedican al impacto de la Gran Guerra en este país. Aparte de muchos detalles políticos, económicos y sociales, la monografía se destaca por ilustrar tres puntos clave.

Primero, se debe tener en cuenta que la Gran Guerra era solamente uno de distintos factores que preocupaban al pueblo colombiano durante la segunda década del siglo xx: el Estado carecía de ingresos para hacer grandes obras públicas y la circulación de moneda era deficiente. La exportación de bananos y café, al igual que la del petróleo se dirigían principalmente hacia EE.UU., lo que impulsó la dependencia de este mercado. También en 1914 el político reformista liberal Rafael Uribe Uribe fue asesinado. En este ámbito se produjo un cambio político: la Unión Republicana, compuesta por el conservadurismo histórico y los liberales moderados y liderada por el presidente

antioqueño Carlos E. Restrepo perdió las elecciones. El bogotano José Vicente Concha resultó vencedor; con el partido conservador en el poder se acentuó la influencia de la Iglesia católica. En el Cauca, Manuel Quintín Lame organizó una revuelta indígena y campesina contra los grandes terratenientes. Además, en 1918 surgió un movimiento de huelgas. No obstante, Rausch insiste en que el tema de la Guerra Mundial determinaba el ámbito tanto de las prácticas políticas como el del debate público.

Segundo, la autora resalta la importancia de la cuestión de Panamá, que estaba pendiente desde el rechazo de la ratificación del Tratado Thomson-Urrutia por el Senado de los EE.UU. en 1914. Desde el punto de vista de las élites colombianas, era necesario un acuerdo con los EE.UU. para satisfacer el honor nacional mancillado a raíz de la separación. Otro aspecto importante es que el pobre y debilitado Estado de Colombia necesitaba de una remuneración material. Pero también desde el punto de vista de los EE.UU. era imprescindible un acuerdo bilateral, ya que se trataba de estabilizar la región. Recordemos que fue precisamente en el año del comienzo de la Gran Guerra en Europa cuando se inauguró el Canal de Panamá cuyo control era un asunto de primera importancia a nivel geopolítico.

Como tercer punto, Rausch alude a la adopción de una posición neutral por parte de Colombia declarada en 1914 por el ministro de Exteriores, Marco Fidel Suárez. El estudio de este principio de política exterior es, desde mi punto de vista, el aporte más importante de este libro. En 1914 la postura de Colombia siguió la línea de la Segunda Conferencia de La Haya (1907) y de los otros gobiernos del continente americano liderado por EE.UU. Cabe señalar que los políticos colombianos no querían concebir la neutralidad como oportunismo o indiferencia (acerca de las agresiones alemanas), sino más bien como única postura viable para mantener la independencia. De allí que no quisieran cambiar su posición cuando aumentó la presión del gobierno de EE.UU. para tomar partido y así seguir su ejemplo a partir de 1917.

De hecho, el cambio en la economía, la negociación del Tratado Thomson-Urrutia y el tema de la neutralidad ponían de relieve la creciente importancia de los EE.UU. para Colombia. La fuerte presencia de este país en la región tras la Primera Guerra Mundial fue el resultado más importante desde el punto de vista colombiano. Según Rausch, la gran mayoría de las élites colombianas sentía simpatía por los aliados, a pesar de que un significativo sector conservador nacionalista, representado por Laureano Gómez, defendió rotundamente la causa alemana y el rechazo del Tratado Thomson-Urrutia.

La autora presenta su estudio como “a starting place for further investigation into Colombian history during the regimes of Presidents José Vicente Concha and Marco Fidel Suárez and to serve as a point of comparison for further studies of other countries during the same time frame” (p. X). Sin lugar a dudas, la historiadora ha alcanzado este objetivo. Ahora bien, lo que tendremos que hacer en un futuro es, primero, determinar si la Primera Guerra Mundial tuvo repercusiones en Colombia de tal manera que se pueda hablar de una cesura en la historia nacional. Por otra parte, son necesarios más estudios de caso sobre grupos particulares como la comunidad alemana, los militares, los obreros urbanos y las clases bajas en el campo, las mujeres o las empresas de

exportación e importación. Referente a lo último se sabe, por ejemplo, que mientras los sectores del café y del banano sufrían los cambios causados por la guerra, el sector azucarero en el Valle del Cauca, liderado por la empresa Eder Manuelita, se expandió aprovechando precisamente el auge de la demanda en los EE.UU. y Europa, hecho que no se menciona en el estudio de Rausch. Debido a esto, un estudio sobre el cambio de la percepción colombiana de Europa y la renegociación del lugar de Colombia frente a los EE.UU. resultaría muy pertinente. Sería interesante dimensionar todo esto a través de las representaciones de la guerra en los periódicos colombianos. Un cuidadoso análisis de la prensa que incluya las diferentes opiniones frente a dicha guerra entre 1914 y 1918 está todavía por hacer. Finalmente, para entender mejor lo particular del caso colombiano el estudio debería hacerse en el marco de una comparación con otros países del continente, tal como lo sugiere la misma Jane Rausch.

Algunos estudios sobre Perú en el compendio *El Perú y la Primera Guerra Mundial*, editado por Fabián Novak y Jorge Ortiz, pueden ser útiles al respecto. Para entender el concepto y la organización del libro cabe mencionar quiénes son los editores. Novak es profesor especialista de Derecho Internacional Público y director del Instituto de Estudios Internacionales (IDEI). Ortiz Sotelo es capitán de fragata y especialista en historia marítima. Ambos editores son, a su vez, autores de sendos artículos centrales de la compilación. El texto de Novak aborda la posición del Perú ante la Primera Guerra Mundial. Es una narrativa de historia diplomática en la que también se incluyen las muy intensas relaciones comerciales entre Alemania y Perú, la telegrafía sin hilos, proyectos de colonización y expediciones científicas.

A la hora de estallar el conflicto en Europa la postura del Perú era, al igual que la de Colombia, mantener la neutralidad que el canciller consideraba conveniente para “países jóvenes y débiles” frente a los poderosos (p. 78). Pero con la guerra submarina sin restricciones declarada por Alemania el 1 de febrero de 1917 cambió la doctrina del Perú: se expropiaron diez buques alemanes de comercio y Perú se acercó más al mercado de los EE. UU. Los daños tras el hundimiento del buque peruano *Lorton* en el mar Cantábrico, que no pudo ser reparado, llevaron al gobierno de José Pardo, apoyado por el Congreso, a romper los contactos diplomáticos con Alemania. Con ello, Perú se adhirió a los aliados, aunque tuviera capacidades muy limitadas para hacer respetar las aguas peruanas y asegurar el comercio exterior. El autor insinúa que también hubo intentos de conseguir una mejor posición ante los EE. UU., que desempeñarían un papel importante en la mediación del conflicto de Tacna y Arica.

El texto de Ortiz Sotelo se destaca por el cuidado con el que trabaja las fuentes y muestra otra faceta de cómo se involucró este país en la contienda europea. Llamen la atención sus observaciones sobre la guerra en el Pacífico, donde cruceros de batalla alemanes al mando del vicealmirante Maximilian von Spee patrullaron hasta 1915 frente a las costas peruanas, se reabastecieron de víveres y carbón, y capturaron, persiguieron o hundieron naves enemigas. Algunas de ellas fueron confiscadas cuando el *Lorton* fue hundido. Los cruceros alemanes también persiguieron buques comerciales de Gran Bretaña y trataron de hacer daño a los cables ultramarinos aliados. Algunas naves que-

daron estacionadas en aguas y puertos peruanos. También hubo presencia de buques de guerra franceses, británicos y japoneses, hecho que perturbaba la exportación de productos minerales y agrícolas. A partir de mediados de 1915, el Pacífico era controlado por fuerzas aliadas cuando los últimos barcos del escuadrón de Spee se hundieron. Eso facilitó el comercio con los EE. UU. y sus aliados en Europa.

Mientras los otros ensayos de este compendio abordan la temática enfocándose en el nivel nacional, Giovanni Bonfiglio, reconstruyendo la perspectiva de un inmigrante italiano, nos brinda un estudio transnacional. De hecho, centenares de jóvenes voluntarios alemanes, franceses, belgas, italianos y británicos establecidos en Perú se embarcaron entre 1914 y 1918 para unirse a las fuerzas aliadas o alemanas. Algunos de estos extranjeros eran reclutados mientras se encontraban en Europa; otros partieron voluntariamente del Perú. Lorenzo Zolezzi Ghio, alias Policario, el protagonista del ensayo de Bonfiglio, nació en 1881 en Lima como primero de siete hijos. La familia de Policario era de Riva Trigoso, cerca de Génova. Los miembros de esta familia conformaban una comunidad transnacional con Policario administrando el negocio en Lima, mientras otra parte de la familia se encontraba en Italia. Los puntos que el autor resalta son reveladores. Policario tenía una doble identidad. Se debatía entre Italia, donde vivía y trabajaba gran parte de su familia, y Perú, donde estaba su hogar y había nacido. ¿Entonces cuál era su verdadera patria? La guerra le obligó a responder esa pregunta crucial, a pesar de que Policario no la sobrevivió. Al empezar la contienda Policario la vio desde lejos, aunque con los ojos de un hombre comprometido con sus padres en Italia. Esto iba a cambiar a finales de 1916, cuando se trasladó a ese país tras la muerte de su tío. Policario se sintió obligado a realizar este viaje para acompañar a la viuda. Esta tarea no la podía llevar a cabo su hermano en Italia, pues había sido reclutado. Policario no tuvo mejor suerte. Apenas pisó tierra italiana recibió la noticia de que tenía que presentarse en el cuartel de Génova. Policario cumplió porque para él era un deber con el Estado italiano. En ese momento él estaba convencido de que debía luchar por su verdadera patria. Pero ya no sería así cuando se encontró en la nieve del monte Grappa con su bayoneta y su fúsil, momento en el cual sintió que el plan de su vida había fracasado verdaderamente. Este sentimiento lo golpeó bastante, ya que pensaba que no volvería vivo. Fue motivado por este hecho que escribió las cartas de despedida para su novia peruana en Lima y para su madre.

El relato de Policario, recogido en el diario de este hombre italo-peruano, es interesante para la historiografía por dos razones: por una parte, muestra el dilema de este personaje frente a la conflagración en Europa. Al igual que otros muchos en la misma situación, él debía formar parte de la nación italiana y derramar su sangre por la patria. Pero también puede percibirse un deseo individual por seguir formando parte de América. Por otra parte, el diario de Policario explorado por Bonfiglio también pone de relieve la presión ejercida por familiares, amigos y connacionales. Policario no era del todo independiente cuando tomaba sus decisiones, situación que vivían muchos otros extranjeros en América Latina ante la guerra. Esta contienda despertó grandes emociones entre las comunidades inmigrantes. A lo largo de la guerra, algunas de ellas,

como las italianas, aumentaron su prestigio, mientras que otras, como las alemanas, lo perdieron. A esto se sumó la presión de los Estados nacionales latinoamericanos sobre los inmigrantes para que se integraran en las nacientes naciones culturales.

El libro del historiador francés Olivier Compagnon *L'adieu à l'Europe. Amérique latine et la Grande Guerre. (Argentine et Brésil, 1914-1939)* se centra en Argentina y Brasil.¹ Esta monografía es fruto de una larga y extensa investigación (*travail de habilitation*). Compagnon lamenta que la historiografía y los manuales escolares pasaron por alto los efectos de la Primera Guerra Mundial por un buen tiempo, ya que América Latina, “une périphérie du monde à l'aube du xx siècle” (p. 11), estaba separada por el Atlántico “des théâtres des opérations” donde se tomaron las decisiones importantes y tuvieron lugar las sangrientas batallas. Compagnon ilustra cuidadosa y detalladamente la debacle económica que sufrió América Latina en general enfatizando principalmente las consecuencias en Argentina y Brasil. Se rompió “le fragile équilibre de la logique rentière” de la economía de exportación dirigida hacia Europa y se produjo una crisis que –según el autor– afectaba a todas las capas de las sociedades. Las emociones culminaron en 1917. Dado que Europa era por tradición el punto de referencia principal, esta agitación tuvo repercusiones en la política (nacional), si bien el pensamiento en el Cono Sur también tenía un alcance continental. Por otra parte, la ocupación del puerto mexicano de Veracruz en 1914 por parte de los EE. UU. constituyó un evento que preocupó también a Argentina y Brasil, naciones que para entonces formaban, junto a Chile, los llamados países mediadores ABC.

Quizás lo más interesante del estudio de Compagnon es su análisis de las publicaciones de intelectuales y de la prensa, incluyendo reflexiones sobre las representaciones de la guerra en los periódicos. A menudo lo hicieron con textos producidos por agencias. Estas empresas francesas, inglesas y estadounidenses defendieron la propaganda de las naciones que representaron y que estaban en competencia con otras naciones. Un análisis más cuidadoso de la influencia de las agencias en la prensa del Cono Sur, de lo que se publicó (aparte de los corresponsales, colaboradores, expertos, intelectuales y escritores), así como de lo que se exageró y de lo que no se visibilizó es un trabajo que queda todavía pendiente. Compagnon también subraya la propaganda aliada y la alemana, demostrando que la guerra era también considerada como un campo de batalla a nivel de las opiniones públicas. Pero eso no es todo: como se puede observar, sobre todo en el capítulo 2, sobre la “movilización de opiniones”, la conflagración europea conmovió no solamente a las élites, sino también a la clase media urbana. Se produjo una división entre la gran mayoría aliadófila y la minoría germanófila. Estos grupos eran representados en los periódicos y las revistas correspondientes. Incorporando los buenos y los malos en las categorías binarias conocidas desde Sarmiento, la civilización y la barbarie, categorías con las que también jugaba Woodrow Wilson en sus discursos

¹ Este libro también se ha traducido al español y al portugués: *América Latina y la Gran Guerra. El adiós a Europa (Argentina y Brasil, 1914-1939)*. Buenos Aires: Crítica 2014. 350 páginas; *O Adeus à Europa: a América Latina e a Grande Guerra*. Rio de Janeiro: Rocco, 2014, 399 páginas.

públicos. Esto conllevó a que en la percepción de muchos la “civilización” tuviera su patria en Francia, la cual era percibida como víctima, mientras la barbarie se adscribió a Alemania, percibida como victimario. Los intelectuales y los publicistas defendieron el derecho de abstenerse de la participación en la guerra como neutrales. Esta opinión fue ampliamente compartida en los países del Cono Sur. Cuando defendieron la neutralidad activa se referían, al igual que Colombia y Perú, a los derechos de los no involucrados consagrados en la conferencia de La Haya en 1907. Pero en el momento en que EE. UU. declaró la guerra a Alemania el 4 de abril de 1917, los *decision makers* de Washington ejercieron presión sobre los gobiernos latinoamericanos para que tomaran la decisión de adherirse con ellos a la lucha.

La propaganda aliada delimitaba entonces el espacio para opinar públicamente: el argentino Manuel Ugarte, afrancesado y antiimperialista, fue atacado al igual que los gobiernos neutrales de actuar en pro de Alemania por haber defendido a los pacifistas. La guerra también conmovió a los residentes del Cono Sur a raíz de la inmigración. Las comunidades italianas y alemanas siguieron vinculadas a las patrias de origen donde habían vivido anteriormente gracias a la continua comunicación a través de cartas, de mensajes por telégrafo y de la prensa. En sus clubes, su prensa, sus sociedades de beneficencia y sus lugares de ocio negociaron su postura frente al desarrollo de la guerra. En particular, llaman la atención las cifras que nos brinda Compagnon sobre los jóvenes inmigrantes que regresaron a su madre patria para luchar en las filas de los ejércitos nacionales europeos. Ese fenómeno da fe de que los llamados de sus gobiernos patrios no fueron en vano.

Por otra parte, lo que hace de este libro un texto muy agradable de leer es su capacidad de poner diferentes registros en diálogo. Nunca antes un investigador había sabido articular de esta forma las voces de los intelectuales y de todos aquellos que se levantaron para comentar los hechos en Europa. Es necesario hacer hincapié en que estos no eran pocos. Compagnon nota una “*désillusion vis-à-vis de l’Europe consécutive au conflit*” (p. 315). Se produjo una división entre la mayoría aliadófila y la minoría germanófila. Concluye, así, que desde la perspectiva de la mayoría de los intelectuales latinoamericanos la civilización europea estaba hundiendo totalmente. Ahora bien, esta tesis bastante provocadora requiere ser contrastada. Cabe señalar que el referente europeo no se perdió de un momento a otro. El mismo Compagnon observa que gran parte de los intelectuales no querían dejar morir a la Europa exigiendo que se tomase partido por la “parte buena” de Europa que querían salvar. Los aliadófilos centraron la idea de la “civilización” en la cultura francesa. Fue allí donde encontraron el material para desarrollar sus propios sueños de modernidad y forjar una nación cultural. Por otra parte, la minoría compuesta por los que estaban fascinados por el militarismo industrial y la instrumentalización de la población civil en el concepto de la guerra en Alemania también siguió apostando por Europa. Entonces tenemos que tomar en cuenta que la Primera Guerra Mundial originó una línea divisoria en la percepción del viejo continente dentro de América Latina. De todos modos la idea de que Europa en general era “buena”, “deseable” de imitar, fracasó. Quizás es por eso que Compagnon nota “un grand bouleversement de représentations de la guerre” desde 1916/1917 (p. 316).

Grosso modo lo que Compagnon quiere destacar con su tesis es que se produjo un vacío en el Cono Sur. Podría decirse una crisis de identidad colectiva. Lo cierto es que la Gran Guerra en Europa llevó a los intelectuales, publicistas, académicos, y expertos de asuntos internacionales a redefinirse en una alteridad frente a Europa. Se vio la necesidad de producir un sentido de la identidad colectiva sin incorporar a Europa como epicentro o núcleo de la civilización. La guerra dio un fuerte impulso a la construcción colectiva de la nación cultural, a la *brasileidade* y a la *argentinidad*. Esa quizás fue la implicación más importante y duradera de la guerra para América Latina: constituyó un catalizador para este cambio, un “tournant identitaire” hacia el “paradigme national”. Al menos en Argentina fue así.

Compagnon ilustra esta tesis con muy buenos ejemplos del mundo de las artes, la literatura y de la prensa. Es el comienzo de una nación que se empieza a conocer, a sentir y autorreconocerse. El nacionalismo político y cultural en alza, reforzado durante la Gran Guerra, siguió vigente durante los años 1920 y 1930 cuando se construyó la *argentinidad* y la *brasileidade*. Ahora bien, me quedé con la curiosidad acerca de la latinoamericanidad y del panamericanismo. ¿Se fortalecieron estos conceptos con el viraje nacionalista? ¿Cuál era el papel que desempeñaron desde entonces España y Portugal, esos países que Compagnon llamaría las “primeras madres patrias” y que habían sido objeto de un redescubrimiento por parte de las élites conservadoras en el Cono Sur en su afán de dar a las naciones un fundamento cultural?

Compagnon plantea en la introducción su deseo de comparar Argentina y Brasil “en tant que méthode empirique de travail” (p. 20). Por lo general no cumple con esta promesa. Se mezclan continuamente los autores citados provenientes de estos países vecinos. Tan solo en las páginas 135-146 brinda una comparación sistemática referente a las posturas distintas frente a la guerra a partir de 1917. Lo interesante es que dos países con mucho en común –ante todo ciudades modernas con gente letrada y comunidades de inmigrantes europeos– se hayan decidido a caminar en direcciones diferentes, con consecuencias para la política exterior y la identidad nacional. A largo plazo, Compagnon subraya con respecto a Brasil la fundación y la actitud de la Liga Brasileira pelos Aliados, liderada por Rui Barbosa. Esta organización trató de influir sobre el público brasileño, apelando a la dignidad, la moral y el patriotismo cada vez que se podía llamar la atención sobre las atrocidades y los crímenes cometidos por los alemanes. Barbosa insistió, además, en la necesidad de entrar en la guerra para defender la civilización. Por otra parte, Alemania provocó la indignación en Brasil con su guerra submarina, que afectó a barcos brasileños y con ello el comercio con el Viejo Mundo. El ministro del Exterior Nilo Peçanha, al anunciar la decisión del gobierno de Brasil, condenó estas actitudes. Al mismo tiempo apeló a la solidaridad continental. De esta manera, se quería recordar que Brasil era considerado el aliado consentido de Washington. Según Compagnon, en el Itamaraty se pensaba desde un principio desempeñar un papel destacado en la negociación de paz para recuperar y consolidar su presencia económica en tiempos de posguerra. Quizás también la rivalidad con el vecino argentino tuvo su papel. Brasil quería ser el primero de Suramérica en entrar

en guerra. A esto creo conveniente añadir otro argumento: el interés de las élites por representar una nación “grande” y con un futuro espléndido. Entrar en guerra era claramente un acto simbólico para mostrar poder.

En Argentina también hubo intelectuales y escritores destacados, como Leopoldo Lugones y Ricardo Rojas, que defendieron la causa de los aliados, en general, y de los franceses, en particular, pero nunca lograron organizar un fuerte *pressure group* como la Liga Brasileira pelos Aliados. En este país, los neutralistas eran más fuertes que en Brasil. A pesar de que la *U-Boot-Krieg* también afectaba a este país nunca se rompieron las relaciones con Alemania. El presidente Irigoyen se opuso con esta decisión incluso a la Cámara de Diputados y al Senado y se intentó formar una alianza neutral interamericana. Al igual que sus antecesores, desconfiaba del panamericanismo liderado por los EE. UU. Por otra parte, se concluyeron acuerdos comerciales con Francia e Inglaterra, así que se puede hablar de una “neutralidad benevolente” (p. 143). Según Compagnon Argentina tuvo con el trigo y la carne mucho más que ofrecer a los aliados europeos que el sector cafetero de Brasil (orientado hacia el mercado de los EE. UU.). Argentina no necesitaba entrar en guerra, ya que la clase dirigente de Inglaterra se contentaba con el mantenimiento del comercio de materia prima. Teniendo en cuenta estas observaciones, el argumento de Compagnon deja entrever que lo que hacía la diferencia entre Argentina y Brasil es que entrar o no en la guerra dependía de la distinta relación que tenían estos países con EE. UU. y Europa. Abarcados ya estos puntos cabe mencionar que se nota el cuidado con el que el autor trata las fuentes. Sin lugar a dudas este libro va a ser el texto de referencia para Argentina y Brasil por un buen tiempo.

El estudio de Stefan Rinke *Im Sog der Katastrophe. Lateinamerika und der Erste Weltkrieg* tiene un enfoque diferente. Difiere en cuatro aspectos del de Compagnon: primero, incorpora a casi todos los países de la región en su análisis. No hace una comparación sistemática entre los países latinoamericanos; es más bien un texto para la historia global con un toque de *area studies*.

Este punto está vinculado con el segundo aspecto: las fuentes. Aparte del material explorado por Compagnon en el Cono Sur, Rinke también consulta documentos sacados de otros archivos en Ecuador, Colombia, Guatemala, Costa Rica y México. Pero el mayor logro es la enorme cantidad de publicaciones contemporáneas, de revistas y periódicos que se cita. A eso se suman fuentes primarias de los EE. UU. (ya bien estudiadas), Inglaterra y Alemania. Estas últimas son de particular interés ya que brindan una interpretación matizada de los conocimientos de los pensamientos, los análisis y las actitudes de los actores decisivos en Alemania aparte del caso mexicano poco estudiados hasta el momento.

Con ello pasamos al tercer punto: Rinke no solamente explora lo escrito sobre la guerra en la prensa latinoamericana, sino también muestra cómo las informaciones llegaron a ser publicadas. Rinke menciona la guerra propagandística que tenía un alcance mundial. Este aspecto quedó claro desde el principio para algunos observadores en América Latina; en la prensa y las revistas lo lamentaron más que los gobiernos y periódicos, que sintieron las presiones por parte de agencias y gobiernos aliados y —en

menor medida— alemanes. Esta guerra la ganaron en Suramérica claramente los aliados, liderados por instituciones francesas que divulgaron su información a través de la agencia Havas y otros medios. Además, hay que tomar en cuenta que en Francia estaban asentados muchos latinoamericanos. Esto conllevó que gran parte de la élite letrada tuviera fuertes simpatías con Francia; en este país veían afinidades culturales, el progreso de moda y la modernidad. También se generó solidaridad con Bélgica, que se percibió como indefensa y víctima de las crueldades alemanas con la población civil. El comportamiento alemán en Bélgica sirvió como ejemplo para construir la imagen de la Alemania bárbara frente a los franceses heroicos en defensa de la civilización. Dado que los alemanes gozaron en su mayoría de buena reputación en América Latina gracias a que contribuyeron a la modernización económica, se redujo la idea de Alemania al prusianismo militarista y antipático. Asimismo, se logró trazar en el público latinoamericano una línea divisoria discursiva entre los aliadófilos (los buenos) y los germanófilos (los malos). El alineamiento de los aliadófilos con y la empatía hacia Gran Bretaña, el otro gran aliado europeo, nunca alcanzó un nivel muy alto.

El análisis de la información divulgada por diferentes medios en América Latina es el cuarto logro de esta monografía. También demuestra que la guerra, si bien no estaba directamente presente, se convirtió en tema público de discusión. Los debates diarios tuvieron incluso un componente popular. Quizás hubiera sido deseable contrastar las diferentes posturas que mantenían los periódicos dentro de los países analizados. También valdría la pena llamar la atención sobre la dificultad de brindar información fiable de manera continua al público ante la casi ausencia de periodistas latinoamericanos independientes en Europa.

El quinto punto de interés es la contextualización del caso mexicano en el ámbito latinoamericano. No hace falta mencionar el famoso Zimmermann-Telegramm que ha llamado la atención de los contemporáneos y de muchos investigadores. Rinke hace hincapié en que la propuesta alemana de que México atacara a los EE.UU. como aliado alemán era —como Friedrich Katz lo había planteado— nada más que un intento de involucrar a EE.UU. en un conflicto en el continente americano para no tener que intervenir en Europa. Se menciona que México había sido invadido durante los procesos revolucionarios por tropas estadounidenses. En este contexto, Venustiano Carranza ya había buscado la cooperación con Alemania como aliado en defensa de sus intereses. La publicación del Zimmermann-Telegramm sirvió a los EE.UU. como pretexto para declarar la guerra y presionar a los países latinoamericanos para hacer lo mismo.

Rinke ve en la declaración de Carranza (1918), presidente formal a partir de 1917, una condena de la interpretación intervencionista de la Doctrina Monroe y una exigencia de que se respete la soberanía de los Estados latinoamericanos como declaración continental. Al gobierno de Carranza le pareció conveniente mantener la estrategia de neutralidad. Al mismo tiempo, se pronunció en contra de las reformas sociales propuestas por Francisco “Pancho” Villa y, ante todo, por Zapata, a quien hizo perseguir y asesinar. ¿Por qué Carranza pronunció esta declaración? Cuando Villa cruzó la frontera de los EE. UU., causando como represalia la invasión por parte del general Pershing

en México, sintió que tenía que tomar medidas en contra para no perder credibilidad entre la población. Se escucharon fuertes críticas de los EE. UU. e Inglaterra acerca de la nacionalización de las materias primas y el patrocinio de las inversiones. En su interpretación, Rinke quizás sobreestima la moralidad nacionalista de la figura de Carranza. Pese a que este fue, sin lugar a dudas, una de las figuras cruciales de la Revolución, era un personaje con motivaciones personales bastante ambiguas. Puede decirse que su intención principal era perseguir y combatir los bandos rivales de Villa y de Zapata, que defendieron otro imaginario sobre la nación mexicana. Por lo tanto, la declaración de la neutralidad y la doctrina Carranza también fueron expresión de la debilidad de la nación mexicana.

¿Cuáles fueron las consecuencias de la guerra? Compagnon ve con buenos argumentos una cesura muy clara con el giro de la producción intelectual alejándose de Europa (p. 19). El nacionalismo que se iba fortaleciendo en América Latina tenía dos componentes: el económico y el cultural (de representación simbólica y de identidad). Es decir, Compagnon ve —a diferencia de gran parte de la literatura que se ha centrado en continuidades económicas— una discontinuidad. El argumento más importante e innovador que el investigador francés añade a la discusión es la construcción de la alteridad frente a Europa, que se aceleró entre 1914 y 1918-1819. También subraya la importancia del ascenso de los EE. UU., no solamente como poder político, sino también como poder económico en la región. Quizás sería conveniente añadir a esto, al igual que en Europa, la idea de que el Estado no intervencionista había terminado y que los Estados se construyeron de manera cada vez más corporativista. Es decir, el ciclo liberal terminó antes de la crisis de fines de la década de 1920 y principios de la de 1930.

Según Rinke el resultado más notorio de la guerra fue la aparición de los nuevos debates en los medios masivos a nivel nacional y continental. Además, este historiador alemán hace énfasis en *entanglements* y consecuencias económicas. Como movimientos inspirados por la solidaridad transnacional menciona los movimientos de obreros que a partir de 1917 se articularon de forma cada vez más clara a través de huelgas. De igual forma, enuncia movimientos femeninos que tenían ya auge durante la guerra. Otro punto interesante son las identidades latinoamericanas a las cuales se refieren ambos autores y que para dicho momento desempeñaban un papel en su intención por contrarrestar el expansionismo económico y militar de los EE. UU. Rinke y Compagnon concuerdan en que —a diferencia de Francia, Alemania y otros países— la política de la memoria era mínima. Incluso en las comunidades de inmigrantes no se erigieron muchos monumentos y tampoco se fijaron fechas emblemáticas de la guerra para el recuerdo.

Para finalizar, quiero mencionar tres monografías del historiador Michael Streeter sobre el tema de cómo terminó la guerra y del rol que tuvieron los países latinoamericanos en la negociación de paz en París. Streeter diferencia, al igual que Rinke, entre Sur y Centroamérica (aunque sin incluir el Caribe). Sus textos se basan principalmente en lo que ha encontrado en los archivos diplomáticos y los textos publicados por algunos personajes presentes en las negociaciones de Versalles. El resultado de esta investi-

gación es una narrativa tipo historia diplomática tradicional bien contada y bastante personalizada. El libro sobre *South America and the Treaty of Versailles* parte de cuatro estadistas con “caracteres diferentes”, puntualiza el autor: Ismael Montes Gamboa (Bolivia), Enrique Dorn y de Alsúa (Ecuador), Francisco García Calderón (Perú) y Juan Antonio Buero (Uruguay). Con estas cuatro personas navega a través de la guerra y demuestra cómo esta afectaba las vulnerables economías de Suramérica, así como la seguridad nacional. También evidencia qué tan difícil era tomar la decisión de romper o no las relaciones con Alemania. Respecto a esto último salta a la vista que el autor no incorpora en su análisis al Brasil y a los países que quedaron neutrales. No se explica la razón, aunque se puede sospechar que se debe al hecho de que los neutrales quedaron excluidos de las negociaciones de paz de Versalles. En cuanto al Brasil, la razón de Streeter por no incluirlo en su estudio podría ser aún más sencilla: este país se trata en la monografía sobre Epiácio Pessoa. Según mi punto de vista esto puede interpretarse como un fallo conceptual, ya que casi todos los países de Suramérica estuvieron presentes a través de delegados y embajadores en París.

Streeter pone de relieve los esfuerzos que hicieron los delegados suramericanos simpatizantes para ser admitidos en las negociaciones de París. Uno de los motivos de su actuación con el fin de tomar parte en el proceso de paz eran las pérdidas que sufrieron a raíz de las *black lists* de Inglaterra. Además de esto, querían pasarle a Francia la cuenta por ciertas confiscaciones. El tema de las fronteras con vecinos era otro asunto en el que algunos países estaban interesados. Los representantes de Perú, por ejemplo, insistieron que si era posible que Alsacia-Lorena fuera devuelta por el Reich a Francia, de la misma forma debía considerarse el caso de Tacna, provincia que, en su opinión, debería transferirse al Perú (pp. 88 s.). Asimismo, el boliviano Ismael Montes sugirió que, si fue posible que Serbia consiguiera un puerto, para Bolivia este derecho debería ser igualmente otorgado (pp. 97 s.). Pero los europeos presentes en París apoyados por los estadounidenses impidieron que se tratase de negociar fronteras latinoamericanas. Para ellos era primordial resolver los problemas europeos en este momento. Se determinó entonces que la Liga de las Naciones debería ocuparse de eso (cosa que nunca pasaría). Lamentablemente el autor no se percata de que la propuesta boliviana no dirimía el conflicto con Chile, sino que causó un conflicto con Perú y, sin Perú como aliado, todo esfuerzo boliviano era en vano.

Streeter también describe, con poca sensibilidad poscolonial y sin cuestionar el lenguaje de los representantes de los “Great Powers”, que las “smaller nations” lograron posicionarse significativamente en París gracias a una rebelión liderada por el brasileño Epiácio Pessoa. Según él, esto fue posible ya que actuaron como un “bloque” latinoamericano. Ahora bien, sabemos que la realidad de la comunidad latinoamericana era mucho más compleja y menos homogénea y monolítica de lo que algunos autores contemporáneos, al igual que la delegación brasileña y el mismo Streeter creían.

Igualmente se pueden encontrar más imprecisiones y descuidos en esta publicación: por ejemplo se muestra una foto de latinoamericanos ante la Casa Blanca en Washington. ¿Cuál sería el motivo? En otra foto vemos a Juan Antonio Buero en el

año 1942, es decir más de 20 años después de las conferencias que tuvieron lugar en París. Lamentamos también otra laguna significativa en este libro: la elaboración del Pacto de la Liga de las Naciones. Este tema hubiera sido interesante porque interesó bastante a los suramericanos. Finalmente, la actuación de los representantes suramericanos en la Liga de las Naciones se aborda, aunque lamentablemente de manera muy superficial.

La segunda monografía de Streeter, sobre *Central America and the Treaty of Versailles*, sigue la misma línea. En este texto los estadistas principales son José Policarpo Bonilla (Honduras), Salvador Chamorro Oreamuno (Nicaragua), Antonio Burgos (Panamá), Antonio Sánchez de Bustamante (Cuba) y Tertullien Guilbaud (Haití). Faltan, en razón de su neutralidad, los representantes de México y de El Salvador y –por no tener relaciones diplomáticas con los EE.UU. e Inglaterra–, Costa Rica. Este texto enfatiza que los centroamericanos hubieran estado interesados en la creación del Pacto de la Liga de las Naciones. Bonilla cuestionó públicamente la inclusión de la Doctrina Monroe en el pacto, pero no se aborda la actuación del gobierno de El Salvador (que quería saber del gobierno de los EE. UU. cuál era finalmente el sentido preciso de la Doctrina Monroe para América Latina).

El tercer libro, sobre la actuación de Epiácio Pessoa, escrito por el mismo autor, no dista de su primer y segundo trabajo. Tan solo los capítulos 5 y 6 abordan el tema de la participación de Pessoa y de la delegación brasilera en las conferencias de París, sin arrojar luz sobre aspectos hasta el momento desconocidos y sin ofrecer interpretaciones más allá de lo que ya se conoce. Con todo, si bien los tres libros de Streeter son agradables de leer, carecen de reflexión crítica y de un concepto analítico convincente. Parecen haber sido escritos demasiado rápido y son notables los descuidos en su publicación. Falta explorar la prensa, que –como lo demuestran Rinke y Compagnon– constituye una muy buena fuente.

Sería bueno preguntarnos entonces ¿dónde estamos? Lo cierto es que con estos estudios, sobre todo con los de Rinke y Compagnon, hemos avanzado bastante. Uno de los resultados más contundentes de estos estudios es haber logrado mostrar que América Latina quedó marcada por la Primera Guerra Mundial de manera duradera, aunque no puede afirmarse que esta región haya influido en Europa y el mundo. No solamente Argentina y Brasil se emanciparon de la preponderancia cultural de Europa, donde se creía que la “civilización” tenía su patria, como lo demuestra el estudio de Compagnon. También en toda América Latina, como lo indica Rinke, se manifestó este fenómeno. Las consecuencias se hicieron sentir tanto a nivel de la identidad colectiva como en las actitudes estatales dirigidas por élites cada vez más preocupadas por el orgullo nacional. Esto no debería interpretarse en el sentido de que América se hubiera desconectado del desarrollo internacional y transnacional como bien se puede ver en la actuación de los delegados de estos países en el esquema de la Liga de las Naciones, en el panamericanismo (hasta los años treinta muy frágil) o en los congresos de obreros internacionalistas (mencionados por Rinke). La Primera Guerra Mundial tampoco produjo una ruptura total con Europa a nivel económico y político.

No obstante, lo que sí se podía observar era el auge de los EE. UU. como inversor y factor de modernización industrial en América Latina. Asimismo, aumentó el poder del “coloso del norte” en la región. Al mismo tiempo, Alemania e Inglaterra cedieron terreno. En este contexto, la autoestima de las élites políticas aumentó y de allí surgió la idea de representar y construir una civilización sin patrocinio europeo. Con todo, la guerra mostró ser un catalizador para el cambio, una cesura que en un futuro la historiografía de la región ya no debe pasar por alto. Esta ruptura también debería darle a esta región el lugar que le corresponde en la historiografía global.

Antes de terminar me gustaría señalar algunos campos donde todavía hacen falta más investigación. Son deseables más estudios sobre algunos países pequeños como Uruguay, Bolivia, Paraguay, Costa Rica, Guatemala, Honduras, Nicaragua, Panamá, Cuba y Haití. Con estos estudios de caso se debería mejorar la calidad de la información sobre los cambios en el comercio exterior, los debates de sus élites y las representaciones de la guerra en la literatura y en la prensa. En particular, valdría la pena intensificar los esfuerzos para explorar el papel de la prensa y, sobre todo, el de las agencias internacionales en la producción y divulgación de información sobre la guerra. ¿Qué cambios hubo en la presencia de los textos de las agencias y de los medios masivos a lo largo de la guerra? ¿Cómo repercutieron sobre la representación de la misma? En general, tendríamos que tomar en serio las fotografías, los dibujos y las caricaturas (algunos en color) que cada día se imprimieron y se divulgaron en los periódicos y en las revistas. El debate alrededor del *pictorial turn* nos ha demostrado lo importante y enriquecedor que es la exploración de las representaciones visuales (y los silencios que a través de estas fuentes se pueden indagar). ¿Quiénes eran los autores? ¿Cómo se seleccionaron las imágenes? ¿Qué representaron? ¿Cuáles eran los mensajes? ¿Cómo se correspondían con los textos y los contextos? Otro aspecto, sobre todo mencionado por Rinke, pero que requiere profundizarse en estudios monográficos, es la movilización de obreros urbanos. ¿Qué sindicatos o qué formas de movilización social protestaron por la falta de alimentos baratos? ¿Qué luchas erigieron estos actores? ¿Cuál era el papel de las discusiones en torno a la “cuestión social”? ¿Cuál era la influencia de nuevas ideologías y prácticas de organización en América (México) y Europa (Rusia, Alemania...)? Lo mismo se podría decir acerca de los movimientos femeninos, igualmente mencionados por Rinke. También nos gustaría saber más sobre los puntos de vista de los grupos étnicos. Otro aspecto importante que requiere más investigación son los militares. Si bien es cierto que la gran mayoría de las élites latinoamericanas era claramente aliadófila, no puede decirse lo mismo sobre los militares. Sabemos que varios de ellos viajaron a Europa para conocer los “progresos” tácticos y armamentistas. Quedaron impresionados por la industrialización y la modernización de la guerra. En fin, vieron los horrores de la contienda de otra manera. Los debates de estos expertos en revistas están aún por explorar. ¿Qué impacto tuvieron las nuevas formas de guerra y los nuevos armamentos en los pensamientos militaristas en cada país? Finalmente, hace falta más información sobre los grupos de inmigrantes y su postura alrededor de la guerra. En Argentina, Brasil y Uruguay hubo grandes comunidades alemanas e italianas. ¿Cómo percibieron

los alemanes la hegemonía del discurso aliadófilo? ¿Se acentuaron las fisuras y tensiones interétnicas? ¿Aumentó la presión sobre todas las comunidades inmigrantes por incorporarse y aportar lo suyo en la construcción de naciones? Todos estos son temas que todavía tienen mucho que ofrecer para futuros estudios.

TÍTULOS RESEÑADOS

- Compagnon, Olivier: *L'adieu à l'Europe. L'Amérique latine et la Grande Guerre (Argentine et Brésil, 1914-1939)*. Paris: Fayard 2013. 394 páginas.
- Novak, Fabián/Ortiz, Jorge (eds.): *El Perú y la Primera Guerra Mundial*. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú 2014. 221 páginas
- Rausch, Jane M.: *Colombia and World War I: The Experience of a Neutral Latin American Nation during the Great War and Its Aftermath, 1914-1921*. Lanham: Lexington Books 2014. 135 páginas.
- Rinke, Stefan: *Im Sog der Katastrophe. Lateinamerika und der Erste Weltkrieg*. Frankfurt a. M.: Campus Verlag 2015. 347 páginas.
- Streeter, Michel: *South America and the Treaty of Versailles*. London: Haus Publishing Ltd. 2010. 222 páginas.
- *Central America and the Treaty of Versailles*. London: Haus Publishing Ltd. 2010. 231 páginas.
- *Epitácio Pessoa: Brazil*. London: Haus Publishing Ltd. 2010. 192 páginas.

| Thomas Fischer es profesor de Historia de América Latina en la Katholische Universität Eichstätt-Ingolstadt. Su investigación abarca los ámbitos de la historia global desde la perspectiva de América Latina (Liga de las Naciones, migraciones, diásporas, refugiados, coca y cocaína) y la historia cultural (política y la violencia, memoria colectiva, historia del fútbol) y la historia de los saberes y la ciencia (expediciones científicas en Brasil y Colombia durante el siglo XIX). Está dirigiendo proyectos de investigación y ha publicado monografías, compendios y ensayos que giran alrededor de estos temas. Es editor de la colección Americana Eystettensia y director del Centro de Estudios Latinoamericanos de la Katholische Universität Eichstätt-Ingolstadt. Además es presidente de la Asociación Alemana de Investigación sobre América Latina (ADLAF).